

millones de pesos. Pesos viejos. Quinientos mil pesos ley, según el cambio actual. Bender, todo entero, era un hombre al que la vida había dividido por cien. Calculemos. Haromir Hadlik y el ahorcado sobre el puente del río del Buho, antes de morir, se contaron un cuento entero. Y hasta el mismo cuento. Antes de que Mora ma arranque las orejas y quizá los testículos yo puedo arreglar mis finanzas. No soy el hombre de los quinientos mil: lo fui. Cigarrillos, *Loto Azul*, taxi, licuado de bolas de fraile de Agustina, y mi café. Qué me queda. Sin contar el diario. Sin contarlo, justamente. Porque por alguna razón el diario de hoy no pertenece a la realidad euclidiana. Me pregunto si no me estoy volviendo loco. Casi diez millones o cien mil ley gastados desde que salí. A razón de treinta mil por hora. Cuánto hace eso en un día. ¿Y en un año? Estos últimos meses Bender había considerado seriamente la idea de matarse. Consecuencias de esta vida de jeque petrolero que llevaba. O de la muela que le habían sacado. O de haber cumplido cuarenta y cinco años. Si por lo menos no tuviera la manía de llevar a las mujeres a hoteles. Albergues Transitorios, se llamaban ahora. Era aterrador, el pertenecía a la generación de los Alojamientos, más atrás, a la de los Amueblados también llamados muebles. A qué historia pertenezco. Cómo se puede ser tan antiguo y seguir vivo. Cuando estaba con Mora (treinta años, John Lennon, manifestación a Ezeiza) tenía que cuidarse de silbar boleros; con Agustina, ni silbar los Beatles. El día menos pensado enmudecerán todos mis chifles. Y no habrá ninguna mujer que friegue mi ciática. Todo por mi manía de los hoteles. Porque Bender tiene teorías. Una es su Regla de Oro. No traer nunca una mujer al departamento. Se habitúan. Empiezan por poner un florerito. Tienden la cama. Un día aparecen en la puerta con una enorme valija. No una valijita de ilusiones, nada de metáforas. Un valijón de familia de inmigrantes. Y te pueblan la casa de macetas con geranios, con helechos, con plantas trepadoras y carniceras. Se multiplican en hijos y sartenes. He visto un gran hombre que, visitado de sorpresa por un poeta adolescente, debió esconder un bombachón que estaba sobre la máquina de escribir. Yo, ese adolescente. Y eran otros tiempos. Qué no dejarán ahora.

Momento en que entró Mora y todos los varones del local dieron la impresión de que iban a pararse para ofrecerle fuego, o una silla, o una ficha para hablar por teléfono. O querían prestarle sus paraguas o ladrar. Pero ella vino a mí. Como el barco de Simbad hacia la piedra imán, fue hacia Bender.

Sin embargo, Mora no había visto a la chica. Te vi cuando estaba por volverme a casa, ha dicho. Tengo toda la tarde libre. Desde cuándo lees los diarios.

—Cierto —dice Bender—. Debe ser la soledad.

Dobló el diario y volvió a meterlo en el bolsillo del piloto. El diario tembló un segundo en su mano. Como la piel de zapa. Como la zarpa del mono. Mora me observa. Ella el lobo y yo Caperucita Roja. Hay chispitas en sus ojos. Va a decir algo espeluznante, lo dice:

—Tengo hambre y una idea.

—Je —ríe histéricamente Bender.

—Am, am. —dice Mora.

Para abreviar. Bender, con aspecto de zombie, camina junto a Mora por la arbolada vereda del *Loto Azul*. Siente en su nuca la mirada estupefacta y reprobatoria del hombre del quiosco. Antes de esto, Mora, que había rehusado una cautelosa invitación a almorzar, hizo desaparecer del universo físico dos porciones de torta de manzana y un tazón de café negro como para despertar de su sueño milenario a Nefertiti. Se han dispuesto a terminar conmigo. Van a pulverizarme. Después de este lluvioso día de junio seré la sombra de mí mismo. Debe repercutir de algún modo en el cerebro. Hay días en que tengo la sensación de que se está cometiendo una injusticia con mi firulete.

—En éste no —dice Bender, que en el fondo es un romántico, ante la puerta del *Loto Azul*—. Vamos al de la vuelta.

Mora tiene cosas que la ponen por encima de las mujeres comunes.

—Para qué, es más caro.

Bender no tiene tiempo de conmoverse porque la palabra caro le produce una especie de hipo.

Cuatro horas más tarde (doble tarifa, alcanza a sentir Bender con la parte aún no licuada de sus sesos) vuelven a pasar, en sentido inverso, por delante del quiosco de diarios. Bender tiene una alucinación, una extraña y fugaz locura eidética. Ve lo que el hombre del quiosco está viendo. Me veo y veo a Mora. Una especie de fotomontaje. La chica de la *Libertad en las Barricadas*, de Delacroix, junto a un evadido del campo de concentración de Auschwitz. El quiosquero esta vez no me mira. Quizá porque no me ve.

En lo alto, sobre la cabeza de Bender, lentamente, ha comenzado a volar en círculo un ominoso pájaro negro de alas majestuosas. *Quita el pico de mi pecho. Deja mi alma en soledad.*

Departamento de Bender en Parque Centenario. Cama de fierro de una plaza, ventanita al fondo. El cuarto de Van Gogh pero con una vieja Underwood sobre la mesa y una repisa con libros. Piso dos. Cuando el espectro de Bender subió a tumbos la escalera se sintió más bien Toulouse Lautrec yendo de visita a ver qué tal seguía el otro de la oreja. Afuera, sobre el solitario laberinto del parque, cae la noche. Cae la lluvia. Cae todo. Bender ve la cama y también cae. Entonces ve el diario. Se desliza de su bolsillo y cae al suelo. Lentamente, se abre. Como una cosa viva, como un diario que se desespera. Se abre exactamente en la página donde está la fotografía del anciano. Bender y el anciano se miran. Suena el teléfono.

—Hola —dice Bender—. Vos estás loco.

Del otro lado, una urgente voz de varón en celo le está pidiendo cinco palos. O por lo menos tres. O sea otros tres millones viejos y todavía no pasó una hora. Le pregunto para qué esa importante suma: ¿tiene hambre?, ¿tiene el hijo enfermo? Coma mierda. Mate al hijo. Mi amigo del alma me dice que hay que ser muy poco instruido para preguntar una cosa así. Una mina, oigo. Oigo la palabra mina y siento que Jack el destripador era argentino. Fui yo en Londres. La lluvia me trae el recuerdo y me cosquillean en las manos las tijeras y los bisturís y los escalpelos. Las voy a matar a todas. No quedará una puta sobre la faz de la tierra: en cuanto termine de oscurecer salgo al parque y a la primera que pase le corto todo. Me oís, dice la voz de mi mejor amigo:

una mina, esas cosas frágiles de ideas cortas y pelo largo, con ombligo, la tengo sentada en un boliche roñoso hace una hora, se le va a deformar el culo por tu pijotería, me oís o no me oís. Yo no lo oigo. Yo estoy mirando la fotografía del diario. Yo no oigo pero digo:

—Esperá un momento, no vayas a cortar, no te muevas de ahí ni hagas nada irremediable —Bender mira la cara del anciano, lee el titular. Entonces era eso lo que estaba tratando de decirme el diario. Bender, de pronto, se despierta. Cuando vuelve a hablar le sorprende reconocer su voz. Varias especies de machos gallardos hablan por su boca. El león, el enojado pavo real, el buchón robador de palomas. No le sorprende, en cambio, lo que dicen. —La mujer es la casa del hombre. Te presto diez, no cinco. Te los regalo, no te los presto. Si cuando llegás ya me fui, te los dejo encima de la cama. También te presto la cama. Estás oyendo perfectamente. Acaba de morir Henry Miller y yo debo colgar.

Siete minutos después, bañado, afeitado, reluciente y fresco como un pepino, Bender, totalmente desnudo, marcó el número de las Hermanas Adoratrices. Cuando lo atendieron se apretó la nariz con dos dedos y, con impersonal voz de telefonista, preguntó si ése era el número. Le dijeron que sí. De larga distancia un momentito que le van a hablar, dijo Bender. Hable, dijo Bender.

—Gracias —dijo Bender con tono latifundista de papá de Agustina—. Hola, hola —dijo—. Con la hermana Sofía, por favor —y la voz que oyó del otro lado parecía estar tan en paz con Dios que Bender se tapó con urbanidad el ombligo con el diario. La hermana Sofía habla, sí, dijo la voz. La escucho muy mal, hermana. Le habla el doctor Daireaux, el papá de Agustina. Usted me escucha. —Sí, sí señor Daireaux, dijo la voz en armonía con los cielos. —Entonces escúcheme bien, yo casi no oigo nada. Usted cálese y escuche. Mi tía la mayor, tía Merceditas, la tía abuela de Agustina, usted la recuerda, la tutora de la niña, sí. Se dislocó la paletilla. Y va a necesitar que Agustina la asista por lo menos esta noche. Hola. A la niña la pasará a buscar mi primo segundo, el doctor Bender. Bender, exacto. Tiene una autorización mía, firmada, en regla. Merceditas se me quedó sin enfermera y sin mucama, Dios me perdone pero siempre lo mismo cuando más hacen falta —Bender tomó aliento; desde el diario, los ojitos socarrones del viejo le estaban indicando algo, un pequeño problema. —Ah, sí. Gracias —dijo Bender al diario—. Me oye, hermana Sofía. Usted se preguntará por qué llamo yo desde mi establecimiento de Tambo y no mis propios familiares desde allí. Escrupulos. Seriedad de mi primo segundo. Delicadeza, en suma. Figúrese que el doctor Bender, Ben-der, el del papelito, ha viajado en su avioneta ida y vuelta para recabar mi autorización. Al Tambo. Hasta Junín. Fue y vino. Quiero decir vino y fue, qué me dice. ¿Qué dice? Ah, sí, con este tiempo. Vino y fue en su avioneta con este tiempo. No oigo nada. Cómo para qué tanta molestia, por si la necesitara a Agustina más de un día o algún otro día. Nunca se puede saber en ciertos casos. A veces pienso que esto puede durar toda la vida. Usted rece. Ah, hermanita, que se ponga su mejor vestido. Como si fuera a una fiesta. Es por la tía Merceditas, para que no crea que está grave. Si la niña quiere pintarse que se pinte. Los ojos, sobre todo. Que impresione. No quiero que la tía piense que se va a quedar sola toda la noche con una niña, usted me comprende. Hola, ¿me comprende? No oigo nada, debe ser por las inundaciones. Ya